
NO ES LA CIENCIA: ES EL MATERIALISMO

GUSTAVO CAPONI

Las cuestiones políticas no son cuestiones científicas: aluden a lo justo o injusto de una línea de acción. Las científicas, en cambio, aluden a las pretensiones de validez de ciertos sistemas de enunciados (cf. Althusser, 1974, p.14). Ahora bien, en la medida en que las cuestiones políticas siempre suponen alguna idea sobre cómo es que el mundo funciona, cabe todavía preguntarse hasta qué punto los conocimientos y modos de argumentar típicos de la ciencia pueden y deben primar en las discusiones sobre las cuestiones de hecho que inevitablemente permean cualquier cuestión política. Aunque las decisiones y acuerdos políticos siempre dependerán de valores, de intereses y de negociaciones entre intereses, el modo en que nos representemos el mundo también habrá de guiarlos. Por eso, dado el lugar de privilegio justamente concedido a la ciencia en ese plano, se puede pensar que sus modos de argumentar y razonar deberían ser decisivos en todas nuestras opciones políticas. Por lo menos en la medida en que tales opciones dependan de nuestro conocimiento del mundo.

Creo, entretanto, que aun aceptando esta última restricción, deberíamos ser muy cautelosos a la hora de respaldar esa posible primacía de los conocimientos y modos de argumentación científicos en las discusiones y deliberaciones políticas. Debemos ser cautelosos, sobre todo, porque es necesario reconocer que no todo nuestro conocimiento del mundo es conocimiento científico. No me estoy refiriendo aquí a la reflexión filosófica, que no considero un conocimiento del mundo, ni tampoco a la ficción literaria, que no voy a considerarla aquí, aunque efectivamente crea que ella, en cierto modo, nos brinda algún *conocimiento del mundo*. En lo que definitivamente no estoy pensando, ni remotamente, es en cualquier pretendido conocimiento de tipo místico, mágico, religioso, o teológico. Estoy pensando, por el contrario, en saberes del mundo, de carácter práctico, que están fundados parcialmente en la experiencia y que son rectificables por esa misma experiencia. Saberes que aunque puedan llegar a entrar en diálogo con el conocimiento científico, enriqueciéndolo, o encontrando ahí alguna ratificación, fundamentación o rectificación, no son, ni pretenden ni precisan ser científicos.

Departamento de Filosofía, Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil. /
gustavoandrescaponi@gmail.com

Estoy pensando en cosas que van desde los diagnósticos médicos hasta las denuncias del periodismo de investigación, pasando también por el propio conocimiento, más o menos desajustado y sesgado, que cada uno de nosotros se forma del mundo a partir de sus actividades e interacciones diarias. Conocimiento éste, que incluye aquel que se basa en los contenidos vehiculados por la medía: sé, por ejemplo, que hay una guerra en Siria, aunque ese conocimiento no tenga nada de científico. Como tampoco es científico el saber periodístico sobre ese o cualquier asunto. También podría estar pensando en el saber de un comerciante que, a partir de las preferencias de sus clientes, puede inferir si el producto que a él le ofrece un viajante, tendrá o no ‘salida’ en su tienda; o en la *garçonete* que sabe cómo manejar a ese cliente, importante y poderoso, que ya está visiblemente alcoholizado y amaga con desubicarse. Y cuando doy estos dos últimos ejemplos no estoy suponiendo que ahí sólo esté involucrado un saber *intuitivo* o preteórico. El comerciante puede exponerle su razonamiento a cualquiera que le pida una explicación de su actitud ante la oferta del viajante, y la *garçonete* siempre sabrá decirnos algo sobre cómo tratar con *borrachos conocidos*.

En efecto, no todos nuestros saberes sobre el mundo son científicos, y no todas las representaciones que nos hagamos del entorno, y de nuestra posición en él, serán científicas. Lo que no significa que ellas deban ser plenamente preteóricas o irracionales, es decir, inevitablemente tácitas y ajenas a todo control crítico que pueda estar basado en argumentos apropiados y en evidencia empírica aceptable. El médico que formula un diagnóstico puede justificarlo ante su paciente y ante sus pares. El detective que desestima una sospecha puede darle sus razones al juez. El plomero que descubre la causa de una mancha de humedad en la pared, puede explicarle su razonamiento a un cliente. Ahí hay inferencias que parten de evidencias y llegan a conclusiones que aceptamos como formas legítimas de saber y, en todos esos casos, esas inferencias y evidencias pueden integrarse en argumentos legítimos y bien articulados. Anotemos aquí que aunque casi todas esas conclusiones podrían llegar a tener, *a posteriori*, una justificación calificable como científica, su aceptación y validez no depende necesariamente de esa justificación.

Es más, todas las actividades en las que esos conocimientos son fundamentales, desde la clínica hasta la plomería, pasando por el comercio, el periodismo, y la gastronomía, serían imposibles si dependiesen de esa justificación o de la resolución científica de los problemas de los que se ocupan. Es más, esas actividades nunca habrían llegado a existir si hubiesen tenido que esperar ese aval de la ciencia. La ciencia, por diversos motivos, no llega a producir todo el conocimiento del mundo que precisamos, y eso vale también, y muy notoriamente, para el caso que aquí nos ocupa, el de las cuestiones y deliberaciones políticas. Ellas involucran y exigen saberes que exceden a los saberes científicos; saberes que son patrimonio de culturas y subculturas diversas, y sin los cuales la propia sociedad sería imposible. Por eso es inevitable, pero también deseable, que dichos saberes sean considerados a la hora de tomar y justificar decisiones políticas.

Piénsese, por ejemplo, en la experiencia política acumulada por un movimiento sindical o social, o en *la imagen* que diversos sectores del electorado tienen de un candidato presidencial. Esta imagen, que en gran parte puede ser manipulada por la prensa y la propaganda, también puede depender de una memoria, más o menos vaga, sobre la trayectoria de ese candidato y sobre la trayectoria de aquellos que lo acompañan y aplauden. Puede también depender de legítimas analogías del tipo “fulano me hace acordar mucho a mengano, y, al final, lo que lo festejan son los mismos, o casi”. He ahí todo un saber que, aunque no sea científico, nunca podría ser desestimado; un saber que es esencial en una democracia, y que los medios, e incluso la educación formal, pueden ayudar, a veces, a erosionar y otras veces a perfeccionar. La fantasía de una *política científica*, como aquella de la cual, con toda razón, se mofaba Arturo Jauretche (2012[1968], p. 88), surge de no reconocer la importancia de esos saberes, y ese desconocimiento sólo puede redundar en actitudes antidemocráticas. Nada más cómodo para un tecnócrata que escudarse en la autoridad de la ciencia. Desde ese lugar de superioridad, definido con anterioridad a toda polémica, él podrá ningunear las dudas y las críticas que puedan plantear los legos, que siempre son la mayoría de los ciudadanos.

No se trata, entretanto, de incurrir en zonceras del género *vox populi, vox dei*, sino de asumir que en la sociedad circulan saberes que pueden permitirnos acceder a aspectos de la realidad que, quizá sólo circunstancialmente, escapan al alcance de la ciencia y de los recursos metodológicos con los que ella efectivamente dispone en un momento dado de su desarrollo. Es por ello que en el plano de la política, los conocimientos científicos tienen que dialogar de igual a igual con esos saberes, sin arrogarse ningún privilegio que no sea el que conquistado en el transcurso de la polémica, por la superioridad y claridad de los argumentos. Es claro que dichos argumentos científicos tendrán que ser construidos contemplando esos otros saberes, asumiéndolos como interlocutores, aunque sea para mostrar su insuficiencia y parcialidad. Y deberá hacerse siempre sin ignorar la posibilidad de que el propio conocimiento científico encuentre en ellos recursos para rectificarse y progresar. Recuérdese que sólo se argumenta si se reconoce alguna razón en la posición del interlocutor.

Sería deseable, por supuesto, que todos los ciudadanos tuviesen el mínimo de educación científica para poder acompañar discusiones en las cuales se apele a la ciencia para tomar una decisión política. Sería también deseable que esa educación científica favoreciera los hábitos de pensamiento crítico que caracterizan a la mejor ciencia, y no a las rutinas predeterminadas de investigación en las que los científicos suelen ocupar sus días. Y sería más deseable aún que los ciudadanos aprendiesen que la buena ciencia puede enseñarles cosas sobre el mundo, incluso sobre ese opaco mundo social que el sentido común cree translúcido, que ellos siquiera sospechan. Piénsese, por ejemplo, en lo que un sociólogo, o un sanitarista, podrían enseñarle a mucha gente sobre los temas involucrados en políticas de *reducción de daños* o de *igualdad de género*. Pero eso no tiene que hacerse negando o ignorando esos otros múltiples y heteróclitos

saberes sobre el mundo a los que aquí me he referido sino rectificándolos, ensanchándolos, enriqueciéndolos, y también integrándolos.

Eso es posible, sobre todo, porque esos saberes, que son saberes prácticos aunque no por eso preteóricos, tienen cierta afinidad fundamental con la ciencia. A diferencia de los discursos religiosos, que giran sobre lo incontrolable, lo imponderable, y lo inevitable, y siempre terminan invitándonos a la resignación (cf. Althusser, 2014, p.60), la ciencia y la técnica procuran desvendar la trama de invariantes que rigen al mundo y cuyo conocimiento nos da algún control de ese mismo mundo (cf. Althusser, 2014, pp. 84-85). Cosa que también ocurre con el conocimiento sobre el entorno social y político que individuos y grupos van generando con independencia de la ciencia. Ese saber, fundado en interacciones sociales, tampoco deja de aludir a factores y procesos que están siempre sujetos a la interferencia, más o menos decisiva, de nuestras acciones.

Si consideramos de este modo únicamente factores y procesos que pueden ser intervenidos y hasta manipulados, aunque sólo sea en algunas de sus manifestaciones y muy limitadamente, el trabajo, la ciencia y las interacciones sociales en general, van construyendo, rectificando, ampliando y perfeccionando, una representación del mundo que merece el rótulo de materialista (cf. Althusser, 2014, p.85). Y es dentro de ese marco general que las cuestiones políticas deben ser discutidas y encaradas. De allí está excluido cualquier pretendido saber que aluda a factores que escapen a la esfera de lo que podemos interferir y de algún modo controlar. La política democrática no puede ser científica, pero no puede dejar de ser materialista: excluyendo de ella cualquier representación del mundo de cuño mágico, místico o religioso. Por eso, cuando en el Parlamento que rige los destinos de una de las economías más grandes del mundo, se puede apelar a una supuesta conspiración divina para así explicar, y justificar, la confabulación que llevó al derrocamiento de una presidenta cuya legitimidad era indudable, uno puede muy bien decir: *nous sommes tous vraiment foutus dans la merde*.

Tunja, octubre de 2016.

REFERENCIAS

- Althusser, L. (1974), *Philosophie et philosophie spontanée des savants*. Paris: Maspero.
Althusser, L. (2014), *Initiation à la philosophie pour les non-philosophes* [póstumo]. Paris: PUF.
Jauretche, A. (2012[1968]), *Manual de zonceras argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.